

ros que conducían á las orillas del lecho, á los hierros dorados de que colgaba el rodapié de punto, ó que, internándose bajo las sábanas conducían, inocentemente, á la piel ardorosa, aterciopelada y trigueña de la bellísima hetaira...

El sol, el sol del cielo, que al abrir "El Jarameño" las maderas del balcón había asaltado la estancia cual invasión de agua represa que de improviso rompe compuertas y anega campos, dió de pleno en Santa, la regó de luz y de moléculas rubias que bullían en la atmósfera; pintó en la pared, con sombra, los contornos de su cuerpo, y por abertura estrechísima del camisón, —que no habría consentido ni el paso de un dedo,—el sol, con ser tan grande, por ahí se metió á besar quedamente, con sus labios incorpóreos y astrales, el botón sonrosado de los senos de Santa, que apenas asomaban su forma de copa de la Jonia; de copa sólo fabricada para gustar en ella los néctares, las esencias y las mieles.

—Tendremos una gran tarde,—vaticinó "El Jarameño" volviéndose á mirar tanto sol dentro de la pieza. Y deteniendo su mirada en Santa, que aguantaba inmóvil el doble baño de calor y de luz, masculló cual si consigo mismo hablase:

—¡Qué linda eres!!...

Acto continuo, para que no lo ganasen enterrecimientos inoportunos, se entregó á Bruno, el que con una maestría de barbero profesional, le afeitó el rostro hasta no dejárselo azuloso y terso. Luego, lo vistió de corto, traje de calle; cepillóle el sombrero de anchas alas y le alargó el bastón de carey y puño de oro. Santa insistió entonces en que le permitiera asistir á la corrida:

—Llévame, "Jarameño"; considera con qué congojas pasaré la tarde aquí sola ¿me alisto?...

Ni por pienso. "El Jarameño", serio, reproducía sus negativas de cuando Santa solicitó ir á verlo torear; volvió al pretexto de sus presentimientos, de sus "gitanerías", según los tenía bautizados:

—No irás, mi Santa; por tu madre que no me pidas ir!... me da en el corazón que el día que tú me veas torear ha de ocurrirme una desgracia grande... Quédate aquí, y reza, acompáñame con tu pensamiento y con tu querer, y antes que la noche regresaré yo.

Bruno, en el interin, aparejaba un remedo de altar: dos velas de cera, encima de la cómoda, frente á una Virgen de los Remedios en cromo, que habrían de arder mientras "El Jarameño" se hallase en peligro inminente. El las encendía al partir y él las apagaba al tornar, lo mismo si tornaba sano y salvo que como cuando en Bilbao tornó en vilo de sus hombres, con aquella cornada en la ingle que lo hacía sufrir aún.

"La Guipuzcoana" toda, no obstante que á sus inquilinos transportábales la afición y que el alborozo los delataba, manteníase en cierta reserva en atención al *maestro*; por lo que la comida resultaba relativamente silenciosa y anticipada, se servía en cuanto el matador volvía del "encierro". De acuerdo con lo que la regla manda á los lidiadores, "El Jarameño" sólo tomaba un par de huevos tibios y una copa de Jerez, seco; el estómago debe estar vacío para ceñirse apretada la banda y para disponer, en la brega, de ligereza y agilidad. Santa comió un

bocado con desgana, á pesar de las instancias de la patrona que singular afecto le aparentaba; sentíase nerviosa, con palpitaciones y ganas de llorar; colérica de que los huéspedes, ansiosos, consultasen relojes y se cambiaran guiños de subrepticias connivencias. Ripoll, flemático, no rehusaba manjar; y Gallegos, en el colmo del entusiasmo por lo que gustaba de los toros y porque "El Jarameño" obsequiábalo domingo á domingo con una contrabarrera numerada, soltaba sin descanso halagüenos augurios: habría un gentío á reventar, público conocedor y villamelones, chicas guapas y caritativas:

—Que van por Ud., hombre de Dios; conque, á lucirse y á dejar bien puesto el pabellón! nosotros los artistas debemos posponer...

Lo callaban á improprios y á bolazos de miga de pan; él no era más que un comicucho, y malón por añadidura ¿cómo se comparaba á un personaje de la talla de "El Jarameño"?... Los cómicos no corren más riesgos en un meneo que sacarse una patata por la cabeza, docenas de silbidos y perder la contrata... pero los toreros pueden quedar inválidos, pueden perder la vida!.. Bruno anunciando á su amo que era hora de arreglarse, rompió el medroso mutismo que siguió á la fúnebre observación. ¡Perder la vida!... Y siendo tan fácil perderla, ninguno suponíase á ello expuesto, ni "El Jarameño", que de la mano de Santa salió esa tarde del comedor. Bruno los precedía, y una vez transpuesta la puerta del dormitorio de los amantes, sin consultar la cerró con llave.

En la vasta cama matrimonial reposaban las

prendas del "traje de luces"; la chaqueta con sus mangas abiertas y el pantalón corto, desparrado; cuidadosamente desdoblado el resto, en inanimada espera de que lo encajaran donde debieran encajarlo.

Siempre de la mano de Santa, "El Jarameño" fué y encendió los cirios, se arrodilló y se abstrajo en la contemplación de la imagen; si rezaba, rezaba con la mente, pues Santa no notó ni que moviese los labios. Estaba pálido.

—Siéntate, mi serrana, y aprende á vestirme, que es empresa complicada,—le dijo al incorporarse y principiar la maniobra previa de despojarse del traje de calle, cuyos pantalones, por lo ceñidos, hubo de tirarle Bruno, agazapado.

Con tal intensidad posábase ahora el sol en la acera de enfrente, que su puro reflejo alumbraba el cuarto del diestro con excesos de luz vivificante, alegre y amiga.

Al quedar "El Jarameño" casi desnudo, se puso en pie. Y Santa, aunque sin hablar, lo admiró en su belleza clásica y viril de hombre bien conformado. Los músculos, los tendones, las durezas de acero que acusaba en los bíceps, en los pectorales, en los omóplatos, en las pantorrillas nervudas y sólidas, en los anchos de la espalda y en lo grueso del cuello, harmonizábanse, le prestaban hermoso aspecto antiguo de gladiador ó de discóbolo; de macho potente y completo, nacido y criado para las luchas varoniles, las que reclaman el arrojo, el valor y la fuerza; las luchas olímpicas en las que se muere, si se muere, de cara al sol, sonriendo á las mujeres y á los cielos, salmodiado por las valientes notas

de las músicas guerreras, en gallarda apostura y espléndido lecho mortuorio; yacente en arena caldeada con efluvios de un rey de astros y con sangre de fieras que agonizaron ululantes y se amortajaron en la púrpura de sus entrañas al aire; con céfiros de bosques, insanos clamoreos, aplausos y jadeantes respiraciones trémulas de multitudes suspensas y encantadas de hallarse tan cerca de un peligro que no las herirá pero si las enloquece y fascina, que lo mismo las sacude en sus clámides, mantillas y vestidos,—que lucen todos los colores,—que en sus espíritus subyugados, donde se anidan todas las pasiones y todas las vesanias. Santa lo admiró!

Si, reconocía que estaba hecho para esas luchas, adivinábalo, más bien. En cambio, sabía que estaba asimismo hecho para el amor, para el amor suyo, de ella, que, en pago, lo amaba á su manera, plásticamente, por sus juramentos gitanos, por lo asfixiante de sus brazos y lo salvaje de sus caricias de incivilizado. No se resignaba con perderlo acabando de hallarlo, ni con que un toro se lo matase aquella tarde que más convidaba á acercamientos íntimos...

—Mira, morena, mira cómo se viste un matador de toros!—le dijo “El Jarameño” sentándose en una silla y abandonándose á las pericias de Bruno.

Primero, el calzón de hilo, corto; luego, la venda en la garganta de los pies, muy apretada, contra luxaciones y torceduras; después, las medias de algodón, y sobre de éstas, las medias de seda, tirantísimas, sin asomos de una arruga; después, las zapatillas, de charol y con su lazo

en el empeine, y ¡arriba! ¡pararse! vengan la taleguilla y la camisa de chorreras, finísima, de hilo puro, de cuatro ojales en su cuello almidonado.

—Mis botones de cadenilla, Bruno!—ordenó “El Jarameño”, á tiempo que introducía bajo el cuello de la camisa el corbatín de seda y que se abrochaba los especiales tirantes de brega.

Metióse la falda de la camisa dentro de la taleguilla, que cerró por delante, y pidió faja de seda y sudadero de hilo, con los que Bruno lo cinchó, duro, apartándose luego á preparar el “añadido”. Iba “El Jarameño” á abotonarse el cuello, mirándose al espejo del lavabo, cuando reparó en su medalla bendita,—la que se oxidaba con sus sudores, enzarzada en los negros y abundantes vellones de su tórax,—y devotamente la llevó á su boca, la besó muy quedo.

—Anda con el “añadido”, Bruno ¡menéate!—ordenó sentándose de nuevo y destrenzando la coleta.

En el propio instante se oyó que un carruaje deteníase abajo, en la calle, y á la masa de huéspedes, capitaneada por doña Nicasia,—sin incluir á Ripoll,—que ansiaban á “El Jarameño”, desde afuera:

—Ahí está el coche, *maestro*; ya van á dar las 2 y 1/2! ¿No nos vamos?

—Salgo en seguida,—contestóles “El Jarameño”,—adelantáos vosotros y aplaudirme en la plaza!

Bruno procedió á fijar el “añadido”, trenzando el pelo postizo con el del diestro y con la moña aovada. Bueno! Había quedado bien... á ver el chaleco!... por supuesto, acorta el correón!... ah! ah!... ahora la chaquetilla:

—Cuidado con las hombreras ¡bárbaro!... endereza las borlas del sobaco!... nó, no tires recio! despacio, eso es...—iba diciendo al meter los brazos en las mangas. Luego, se encasquetó la rizada montera, hacia adelante, su delantero mordándole las cejas, la parte posterior descansando en el “añadido”, y el barboquejo partiéndole entrambos carrillos, de la sien á la barba, como cicatriz indeleble de su carrera. Con codos y manos palpó si los dos pañuelos de la chaqueta asomaban lo bastante, é inclinándose un poco, permitió que el capote de paseo, más verde que un oceano y con más oro que una California,—que con respetos de sacristán que manosease paños consagrados, extendido sostenía Bruno,—le cayera en los hombros sin un pliegue, sin un desperfecto, gloriosamente.

—¡Abre, prenda! y grita al cochero que baje la capota de la “victoria”,—le mandó á Santa, sin cesar de mirarse al espejo; su brazo izquierdo en jarras, levantando con el codo el capote terciado; dueño de sí mismo, en contemplación egolátrica de su individuo, de la que adolecen todos los artistas que viven en directo contacto con el público y han menester de actitudes determinadas para conquistárselo.

Por el abierto balcón, entráronse atropelladas, diáfanas ondas de luz y auras ligeramente frías de invierno de los trópicos. Ondas y auras envolvían al diestro, hacían resaltar la gallardía de su figura; los tonos verde-olivo y oro viejo de la tela y del recamado de su “traje de luces”. Santa experimentó inopinados é instantáneos celos; comprendió por qué estos hombres arrancan

aplausos á su desfile, por qué engendran pasiones hasta en algunas damas encumbradas. Sus defectos, sus vicios se descubrirán después, mucho después; en la plaza son el color y la curva, el arte y la fuerza, la agilidad y la maestría... tienen sus rostros pálidos... los ojos negros... manchas de sangre... matan, engañan, lastiman, caen... ¡á veces, mueren!... aman siempre, á una hoy, mañana á otra...

Veíalo Bruno idolátricamente, atento á sus menores gestos, solícito como un perro de caza, orgulloso de ser su criado, de vestirlo y cuidar de su persona, de sus caprichos y de sus armas. Lió sin aspavientos el ható reglamentario: los tres capotes de brega, con costurones y coágulos; las tres muletas rojas; los tres palos para armarlas; la filosa puntilla, y la funda grande, de gamuza amarillenta, con el monograma del matador, que albergaba los tres estoques pesadísimo, toledanos, de puntas como agujas.

—¿Listos?...—preguntó “El Jarameño”.

Y ante la respuesta afirmativa de su mozo de espadas, corrió á Santa, le abrazó el talle y al oído le susurró promesas y esperanzas, nuevas declaraciones rápidas de amores inmensos, nuevas exigencias de fidelidades imposibles; lo que se exige y promete para combatir las separaciones que pueden ser eternas; el conjuro á los riesgos probables; la confianza en el regreso, poetizando los adioses; la voluntad sobreponiéndose á los peligros, á las fatalidades ineluctables que destruyen nuestras dichas y siegan nuestras vidas...

—Hasta luego, mi Santa, te juro que hasta

luego!... Reza ahora por mí y quiéreme mucho!...

Y con el partir de "El Jarameño" y Bruno, desvaneciése aquel cuadro de Goya.

Santa se asomó al balcón en los momentos en que la "victoria" arrancaba con Bruno en el pescante, cargando su ható, serio; "El Jarameño" solo en la testera, vuelto al balcón, mandándole á Santa millares de besos, sin recato, á ciencia y paciencia de los transeúntes, que alzabañ la cara por averiguar á dónde se dirigía semejante bombardeo. Al doblar la esquina, ya no arrojó besos; con la mano abierta prometía un pronto regreso, le significaba que lo esperase. Volvería, ya lo creo que volvería!...

—¿Da Ud. su licencia, criatura?—escuchó Santa que cerraba su balcón.

Doña Nicasia y el inventor, que no concurrían á los toros, habían resuelto acompañarla y darle palique: quejumbroso y vulgar de la parte de la patrona, iracundo pero no exento de chispa, de la del ingeniero naval.

No iría "El Jarameño" á tres calles, cuando la sirvienta se apersonó en la habitación, á prevenir á Santa que la buscaban.

—¿A mí?—interrogó azorada,—¿quién puede buscarme, si á nadie he dicho...?

Mas no supo resistir, ni aun en presencia de extraños que figaban su manejo, al hábito adquirido en su recién abandonado oficio, de acudir al primer llamado de cualquiera.

—Con el permiso de Uds.!... Nó, doña Nicasia, no se moleste; voy yo misma á ver quién es.

Era Genaro, el lazarillo de Hipólito, que le

sonreía desde el fin de la escalera; descalzo, desarrapado; entre sus piérrnas juntas, el agujereado sombrero de petate.

—Genarillo! ¿á mí me buscas? ¿y qué te pica? ¿cómo supiste que estaba yo en esta casa?...

—¡Algáme, niña Santita! largándose con "El Jarameño" ¿pa dónde había de coger...

—¿Y qué te trae, quién te manda?—le preguntó Santa acercándosele con cariño y de antemano sabiendo su respuesta.

—Pues ¿quién ha de mandarme, niña ¡no se haga! mi amo don Hipólito, que ya no sabe qué hacer desde que su mercé se salió de la casa?... Está triste, triste, palabra!... y en desta mañana me dijo: "Genarillo, te vas allá á la Guipuz... bueno, á la casa esta, y en cuanto se salga el otro,—que ojalá y lo reviente un toro!"... nó, si no lo digo yo, lo dijo mi amo... en cuanto se salga, tú te metes y le hablas á Santita, pero sin mentarme, como si fueras por tu cuenta... anda, Genarillo, anda y mirala por mí... Ya vine, ya la vide á usté y ya me voy... pero vuelvo el otro domingo; hoy vine á la 1 y me estuve *tlachando*, *tlachando* que "El Jarameño" saliera, desde la pulquería... yo la vide á usté en el balcón y ¿á que usté no me vido, apostamos?... Niña Santita!—murmuró encogido, antes de despedirse,—¿por qué no me regala un boleto de sol?

Explicóle Santa que ella no tenía los billetes de entrada; eso correspondía á los empresarios y vendedores:

—¿Quiéres mejor un billete de banco?

—Un billete de banco!...—repitió aturdido Genaro, mientras Santa le alargaba uno de á dos

pesos. Y cuando fué suyo lo olió, lo retorció como papel de cigarros, se lo metió por la barriga, en un roto de su camisa:

—Con estos dos *trompudos*,—añadió,—hasta los *germanes* de las esquinas me respetan...

Según la media vuelta que dió, disponíase á volar escaleras abajo, pero Santa lo retuvo:

—Aguarda, Genaro! ¿qué vas á decirle á Hipo?

—¿Cómo qué?... que con razón la quiere á usted, que la quiera todavía más aunque sea ciego, como la queremos toditos los que la vemos.

Y se desbarrancó por la escalera, sin que pareciese que le dolían los desnudos talones al golpear contra las gradas de piedra. En el patio, adrede, volcó una batea colmada de jabonadura y calcetines en remojo, de Sordo y de don Práxedes.

El amancebamiento de Santa desenvolvióse tranquilo. Quietamente deslizábanse las semanas unas tras otra, en la insípida atmósfera de “La Guipuzcoana”; entre las moralejas elásticas del acomodaticio don Práxedes, las furias de Ripoll, los chistes de Gallegos y las marrullerías de Sordo. Santa reía al no más abrirse la boca de Isidoro, le pedía trozos de zarzuelas y estábanse las horas pendiente de sus mentiras y verdades de cómico y de bohemio. A don Práxedes, —residuos de su educación campesina,—besábale la mano noche á noche; y con doña Nicasia charlaba de su pueblo, su Chimalistac tan próximo y tan distante á un tiempo, lazo de unión, guirnalda de flores, de árboles frutales y de casitas blancas que separaba á un santo de una

santa: á San Angel de Santa Catarina. Ripoll la interesaba sin saber por qué; Izquierdo, el empennero, inspirábale miedo de que un día se tragara sus alhajas, de las que, durante las comidas, no apartaba su experta mirada de buitre; y Abascal, á pesar de que le suspiraba á hurtadillas del diestro, érale indiferente.

Su amor por el torero como que se le desgastase con las semanas pacíficas, similares, sin parrandas ni bullas; paseando en carruaje algunas tardes; yendo al teatro y á cenar de fonda, algunas noches; comprando en las tiendas algunas baratijas que, después, en el cuarto, resultaban sin aplicación. Que el hombre queríala, no le cabía duda; qué extremos! qué caricias frenéticas! qué ojeadas relampagueantes cuando hablaban del pasado sucio! qué dulzores y humildades de animal cerrero é indómito que se contiene, cuando hablaban del porvenir sin sombras ni amarguras, allá, en el cortijo andaluz, muy pronto, al terminar la contrata del espada... Sin embargo, á no ser por las alarmas de los domingos, esa amenaza de que un toro despanzurrara á “El Jarameño”; á no ser por la ebriedad de los regresos, él sano y salvo, oliente á cabro y como cabro cayendo sobre ella, insaciable de su cuerpo de hembra linda, del que se adueñaba y adueñaba hasta lastimarla, pidiéndole que lo matara, que lo mordiera, que le hiciese daño; pidiéndole lo que nadie habíale pedido:

—“Dame toda tu sangre ¡barbiana! dame tu sangre!...”

A no ser por todo esto, Santa se habría cansado de él; habríalo dejado sin odios, al contrario,

mas también sin penoso esfuerzo. Ella teníase imaginado cosas distintas, lo que él prometía en sus visitas donde Elvira: una continua juerga, la guitarra y la navaja, la manzanilla y la plaza de toros, Santa en lugar visible, "El Jarameño" brindándole los bichos que estoqueara, el público interiorizándose de sus amores, aplaudiendo á *Carmen* más que á *Escamillo*... Y en vez de lo imaginado, lo real: "El Jarameño", receloso del ayer y del hoy, retirándose de amigos, compinches y admiradores; excluyendo terceros de sus cenas y paseos; egoísta é igual á todos los hombres cuando aman y que de buena fe se creen bastantes por sí solos á llenar las mil aspiraciones inadivinales y heterogéneas de las mujeres. Nó, no basta el perpétuo y monótono "te quiero"; á lo menos á Santa no le bastaba, habíalo oído tanto y á tantos!... Un domingo, hasta se lo participó á Genaro,—que nunca dejaba de presentársele en la ausencia del matador,—¡extrañaba su vida de antes!

Era verdad. Aquel ensayo de vida honesta la aburría, probablemente porque su perdición ya no tendría cura, porque se habría maleado hasta sus raíces, no negaba la probabilidad, pues en los dos meses que la broma duraba, tiempo sobraba para aclimatarse. Además, "El Jarameño" infundíala un miedo atroz; sentíalo capaz de realizar sus amenazas, las que todos los amantes formulan y muy pocos llevan á cabo: las amenazas de muerte que se profieren en los ratos de desconsuelo sin causa aparente, al predecirnos un despiadado instinto que el amor fenece si no supimos cuidarlo, que la carne que uno adora y

el alma que uno cree aprisionada dentro de la propia, pueden irsenos sin que haya humano poder que las ataje: la carne á otra carne, el alma á otra alma... De ahí la amenaza de muerte, la que todos los amantes profieren y muy pocos llevan á cabo.

—"Si un día no me quisieras, te mataba!... te juro que te mataba!..."

Quizás á ese miedo debióse la inmotivada infidelidad de Santa, á la voluptuosa atracción que el peligro ejerce en los temperamentos femeninos, la curiosidad enfermiza de desafiar la muerte, de temblar á su presencia y con deliciosos terrores aspirar su hálito helado.

Ello fué que un domingo en que no era fácil prever que la corrida se interrumpiría á su mitad con alboroto grandísimo,—descalabraduras de aficionados é intervención armada de la autoridad por lo pésimo del ganado,—un domingo traicionero, Santa traicionó á "El Jarameño" entregándose cínicamente á Ripoll que, en un principio, se opuso. Nó, nó, sería una indecencia; él le debía favores al torero, habíale dado mano de amigo... Pero Santa insistió; "El Jarameño" nada sabría, estaba lejos:

—Y tú me gustas ¡bobo! por desdichado, porque todo te sale mal... anda!...

Enardecido por la tentadora, Ripoll cedió en un arranque de desgraciado; consintiendo que sus levaduras de socialista destruyeran por destruir, siquiera fuese una ventura, la propiedad de alguien, la dicha de un dichoso y acreedor á su gratitud...

De súbito, "El Jarameño" dentro de la pieza,

como un rayo, convertido en estatua frente al delito torpe. En el acto mismo, la fuga del inventor que de milagro se escapa, el eco de su correr, sin sombrero y sin alientos, por las escaleras y por el patio... En un segundo, las lavas del volcán, la ira que ciega y empuja, la necesidad de destrozar, de pagar daño con daño.

Tambaleante, "El Jarameño" cierra su puerta, con llave, y arroja el "capote de luces" que le estorba; busca algo en la cómoda, en la ropa de calle pendiente de la percha... al encontrarlo, un alarido siniestro, gutural, del árabe del desierto que resucita en los interiores de su sér...

Por el balcón entornado, palideces crepusculares, rumores callejeros, murmullos de día de fiesta...

Santa ve llegada su última hora,—todo es rápido, todo es solemne, todo es trágico!—y se postra de hinojos, mirando hacia la imagen cuyas velas parpadeantes chisporrotean por lo largo de sus pábilos, como los cirios que alumbran á los muertos recién dormidos...

Igual á un tigre antes de abalanzarse sobre su presa, "El Jarameño" se encoge, se encoge mucho, y encogido, abre con sus dientes la faca, la cuchilla de Albacete de muelles que rechinan estridentes, que suena á crimen. La hoja corva, reluce... violentísimamente la baja, con el brazo rígido, la lleva hacia atrás para que el golpe sea tremendo, para que taladre el corazón que engaña y el cuerpo que se da, para que la mano se empape en la sangre culpable, en los huesos rotos... Y la hoja ¡tal es el impulso! clávase en las maderas de la cómoda que sustenta á la imagen y sus cirios...

"El Jarameño" tira, tira con rabia loca, y la hoja tarda en salir... ¿un minuto?... ¿un siglo?... Por fin, derriba los cirios, derriba á la imagen y el cristal de su marco quiébrase con estrépito... Suelta la faca "El Jarameño", porque el gitano se ha asustado; recoge el cuadro, lo limpia, exclama roncamente, sin mirar á su querida:

—¡Te ha salvado la Virgen de los Cielos!... sólo Ella podía salvarte... Vete! vete sin que yo te vea! sin que te oiga! .vete!!!.... porque si no, yo sí me pierdo...